



Ernesto de la Torre Villar  
“La visión de México y los mexicanos en los  
intervencionistas”  
p. 621-642

---

*Ernesto de la Torre Villar, 1917-2009*  
*Textos imprescindibles*  
Ernesto de la Torre Villar (autor)  
Ana Carolina Ibarra (introducción y selección)  
Pedro Marañón Hernández (colaborador)  
Rosalba Cruz Soto (edición)

---

México  
Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Fotografías

Primera edición impresa: 2017

Primera edición electrónica en PDF: 2018

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2019

ISBN de PDF 978-607-30-1475-5

<http://ru.historicas.unam.mx>

---



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0  
Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

---

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<http://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.

---



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

## LA VISIÓN DE MÉXICO Y LOS MEXICANOS EN LOS INTERVENCIONISTAS

“La visión de México y los mexicanos en los intervencionistas”, en Arturo Arnaiz y Freg y Claude Bataillon (eds.), *La Intervención francesa y el imperio de Maximiliano cien años después, 1862-1962. Estudiado cien años después por historiadores mexicanos y franceses*, México, Asociación Mexicana de Historiadores/Instituto Francés de América Latina, 1965, p. 83-102.

La Intervención francesa en México produjo una serie de consecuencias muy diversas e importantes: políticas, sociales, económicas y culturales. En lo político consolidó las instituciones republicanas y la forma de gobierno más apta para nuestra nación y aniquiló aun las añoranzas de toda regresión monárquica. Acreditó a México como país soberano respetado, respetable y con pleno derecho a gobernarse libremente y ser tratado en un plan de igualdad. En lo social reestructuró a la sociedad, afectó a las tradicionales clases conservadoras, las privó del poder político, les restó fuerza económica y arrancó de ellas la dirección anquilosada que habían impreso al país. Hizo surgir a la clase media burguesa de ideas liberales y consolidó el sentimiento de unidad y de nacionalismo que a partir de 1847, en la época de la otra intervención, la americana, se había manifestado. Provocó la cohesión de diversos grupos, antes inconscientes de que formaban parte de una comunidad social, política y cultural. En lo económico produjo grandes transformaciones: puso en marcha los principios reformistas de nacionalización y desamortización que afectaron fundamentalmente a la Iglesia, pero que desgraciadamente hirieron la economía de los grupos indígenas. Se favoreció el ingreso de extranjeros a la dirección económica del país y se colocaron las bases para la introducción a México del capital extranjero que tanto va a influir en la política posterior. Surgió un principio de industrialización. El problema del campo, pese a muy loables intentos, no se resolvió y la situación de los campesinos se agravó con ello. Culturalmente, el país se abrió de plano a las corrientes e influen-

cias europeas. Ideologías muy diversas penetraron y algunas de ellas, como el positivismo, se convirtieron en banderas de gobierno. Se impulsó la europeización y principalmente el afrancesamiento en las costumbres. La instrucción pública se tornó del todo en laica y el pensamiento se secularizó. El agnosticismo manifestóse con mayor amplitud. Artísticamente sufrimos la influencia del academicismo en la arquitectura y la pintura. El romanticismo y las nuevas expresiones poéticas influyeron en nuestros escritores, quienes al salir de una crisis tendieron también hacia ciertas formas nacionalistas.

Fuera de estas consecuencias, que no son todas, la Intervención francesa produjo en el aspecto cultural otras manifestaciones, tales como una enorme literatura destinada a mostrar a este nuevo país que se había rebelado del tutelaje político europeo y también a justificar la actuación de las fuerzas armadas en él. A más de esta literatura *a posteriori*, que no nos interesa por el momento, durante la Intervención misma se produjo una literatura muy peculiar, muy característica de fenómenos semejantes desde las épocas clásicas, destinada a narrar el desarrollo de la contienda. Esta literatura, que en buena parte no tuvo pretensiones históricas, hoy ha adquirido ese valor y más aún un valor historiográfico auténtico, puesto que describe e interpreta hechos del pasado vividos por sus autores.

Entre esa literatura, una puramente histórica, otra histórica e historiográfica, se cuentan los diarios, la correspondencia epistolar, las memorias, los informes, los partes militares y políticos cuyo número es infinito. Nutridas bibliografías han recogido numerosas obras de éstas, mas otras muchas, aún inéditas, aguardan al investigador paciente y cuidadoso que las saque del olvido, las estudie y proporcione sobre ellas el juicio de valor que merecen.

La literatura —formada a raíz de la Intervención por parte de los invasores: franceses, austríacos, belgas— es bastante importante y es necesario conocerla, por cuanto ella nos da una impresión extraña, no comprometida, de nosotros mismos; esto es, nos muestra tal como otros nos percibieron y no como nosotros nos veíamos. La visión personal tiende en ocasiones a convertirse en narcisista cuando no se ejercita suficientemente la autocrítica, o bien si ésta se excede puede restarnos valor, opacar un tanto nuestra imagen. La visión ajena es por ello útil, porque nos dice cómo nos ven los demás, cómo nos aprecian por los cuatro costados. Puede ocurrir que a veces no concuerden esas opiniones y, más aún, que nos choque la descripción que de nosotros hacen los extraños. Si esto ocurre, hay que análi-

zar, antes de desechar esa opinión, objetiva y seriamente, la razón del desacuerdo; observar con espíritu científico si lo que nos ha molestado no son sino nuestras propias fallas, nuestros defectos, lo negativo que existe en nosotros, lo cual pudo muy bien ser observado por ojos ajenos más que por los propios, acostumbrados a esa deficiencia. La buena o la mala fe del observador puede jugar también en este caso un papel preponderante, así como las circunstancias y los intereses que le rodean, mas esto es posible observarlo y tomarlo en cuenta en el momento de utilizar sus apreciaciones. De toda suerte, para poder configurar un día la imagen del mexicano a través del tiempo es necesario no casarse con las propias opiniones y figuraciones, sino utilizar la visión que nosotros produjimos en diversas épocas y aún producimos sobre hombres de otras latitudes, de distintos temperamentos y grados culturales que nos observaron y observan.

La Intervención francesa, repito, dejó afortunadamente numerosas descripciones tanto del país como de sus habitantes. De estudiarlas, clarificarlas y apreciarlas me ocupó en un trabajo vasto que realicé, del cual esta comunicación sólo es un pequeño anticipo. En él voy a presentar brevemente algunos testimonios escogidos, los que me han parecido más pertinentes: ellos son, en primer lugar, el de un joven soldado, un zuavo inteligente y sagaz observador, quien da en una serie de cartas escritas a su padre una visión muy interesante de México.<sup>1</sup> En seguida me ocuparé del testimonio de un coronel del Segundo Regimiento de Caballería Africana;<sup>2</sup> y, finalmente, de los recuerdos de otro militar de alta graduación, quien dejó en una obra fina y bien escrita muy apreciables datos sobre México.<sup>3</sup>

He escogido estas tres obras entre cientos, porque hay en ellas un sentido de unidad. Las tres proceden de militares de diversa graduación. Uno de ellos es un hijo del pueblo, un soldado raso, los otros dos son de mayor jerarquía y ambos alcanzan a obtener el generalato. La extracción de estos últimos procede de la clase burguesa.

Importa destacar que, pese a su condición de militares, existe en ellos una gran sensibilidad hacia el mundo exterior. Los tres tienen antes de venir a México una experiencia de roce y trato social con las

<sup>1</sup> Ernesto de la Torre Villar, "La Intervención francesa y su Bernal Díaz", *Revista de la Universidad de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, n. 9, mayo de 1952, p. 12-14.

<sup>2</sup> Général [F.] Du Barail, *Mes Souvenirs*, 2 v., Tome Premier 1820-1851, Tome Deuxième 1851-1864, París, Librairie Plon, 1894-95, ils.

<sup>3</sup> Général Vanson, *Crimée, Italie, Mexique, Lettres de Campagnes, 1854-1867*, precedido de una reseña biográfica, París, Berger Levrault et Cie. Editeurs, 1905, XXXIX-325 p., ils.

poblaciones y el mundo africano, que rompe en ellos la primera barrera de incompreensión europea y de extrañamiento hacia los países de costumbres y mentalidad diferentes. Los tres tienen apreciable preparación cultural. Menor el soldado, quien por cierto no carece de instrucción ni de finura para apreciar los matices culturales de México y sus pobladores. Ninguno de ellos, por otra parte, es político; esto es, ninguno pertenece a la categoría de los azuzadores de la Intervención, sino que tan sólo son hombres de servicio, leales, disciplinados, con un espíritu militar bien arraigado. Esto importa porque de esa manera, sin estar comprometidos políticamente, juzgan la Intervención alejados de todo interés inmediato. Los tres son francos y no vacilan en enjuiciar la conducta de sus superiores cuando les parece reprehensible. Militares en servicio, viven preocupados por su actividad, mas no son autómatas ciegos que no puedan juzgar el fondo de la Intervención sino que lo hacen abiertamente, y alguno de ellos con extraordinaria visión, pues observa con atinencia los diversos factores que la provocaron.

A más de referirse a la finalidad de la guerra que hacen, también se ocupan de sus dirigentes, los propios políticos y militares franceses, así como de los mexicanos que son los que en este momento nos interesan. De los intervencionistas se ocupan en numerosas ocasiones y en formas diversas, como también de sus contrincantes políticos, los liberales que con Juárez a la cabeza defendían la República. El pueblo, actor y víctima de la tragedia de esos años, es contemplado por los testigos franceses y descrito con curiosidad, con simpatía unas veces y otras con desconocimiento de su real esencia. Sus costumbres, sus maneras de ser, totalmente opuestas a las de los europeos, están pintadas con vivos colores, con trazos firmes y seguros, aún cuando en ocasiones no muy justos. La forma de ser del mexicano asombró a los franceses como sigue asombrando a todos los extranjeros, a quienes muchas veces sin entendernos a fondo les gustamos. En las descripciones que de las costumbres nacionales hacen podemos observar una línea de continuidad, pues muchas de ellas aún las practicamos.

Si el hombre de México asombra a los franceses, la naturaleza, la geografía mexicana, les parecen completamente extrañas: les maravilla el paisaje, los contrastes entre una y otra regiones, los accidentes naturales y, principalmente, la forma como el pueblo domina y aprovecha su territorio.

De todo ello vamos a presentar algunos testimonios breves y elocuentes, representativos de una manera de ser y de apreciación diversa

de la nuestra, los cuales nos proporcionan la visión que los militares franceses tuvieron acerca de México y de sus hombres hace un siglo.

El primer testigo a escuchar es Auguste Roze. Paul-François Auguste Roze, mejor conocido por su último nombre, Auguste, es nuestro personaje. Nació en Tonnerre el 8 de junio de 1842. Educose en su villa natal y en el Liceo de Sens, en donde adquirió el gusto de la lectura, la capacidad y la voluntad para la composición escrita, características de la educación francesa. Inteligente y decidido, de temperamento vivo y travieso, mostrose en su juventud ligero, indisciplinado, amante de las aventuras y rebelde a las convenciones, sin perder por ello la consideración y el respeto hacia su familia a la que siempre permaneció entrañablemente ligado. Mucho debió pesar en él su espíritu inquieto para darse de alta —forzado tal vez por su familia— en la milicia y, sobre todo, entre los zuavos donde se enrolaban los entonces llamados “cabeza dura”.

Su condición de soldado no le privó de su carácter sensitivo y observador ni de sus inclinaciones literarias y filosóficas, manifestadas en un francés ágil y expresivo. Ya en el ejército lamenta la carencia de buenos libros y su tiempo libre lo ocupa en escribir a su familia —a su padre, principalmente— numerosas cartas en las que, además de las preguntas rituales sobre la salud de sus parientes y amigos y los recuerdos de rigor, nos deja asomarnos dentro de él y contemplar no sólo su alma sino todo aquello que veía: lugares y hombres extraños.

Antes de los 17 años ingresa al ejército y sus primeras armas las practica en Argelia, a partir de 1859. Miembro del Segundo Batallón, Tercera Compañía del Regimiento de Zuavos, parte a México en el año de 1862. Desde Argelia envía a su padre diversas cartas en las que pinta la vida penosa y dura del soldado. En México continúa esa costumbre que le liga con los suyos, ya tan distantes, y le permite mantener a través de esa unión un mayor interés por la vida. Es en ellas donde encontramos expresada la experiencia de un joven de apenas veinte años en México y la visión que de este país obtuvo.

En una carta escrita en Constantine, Argelia, el 18 de junio de 1862, es donde habla por vez primera de su próximo viaje a México, al que ve con entusiasmo. “Plegue a Dios que así sea”, escribe. Y adelante agrega: “El rumor de esa partida y las promesas del Capitán han detenido mi intento de cambiar de cuerpo.”<sup>4</sup> En otra dice: “Querido padre, no temas nada. El destino obrará para mí como para otros. La expedición

<sup>4</sup> Carta de Auguste Roze a su padre, Constantine, 18 junio de 1862.

que vamos a emprender será dura, la temperatura bastante cálida, pero después de haber hecho treinta días de marcha en África, en medio de terribles calores, creo podré soportar el calor mexicano”.

Al alejarse del Viejo Mundo siente que la distancia que le separará de su familia será más penosa, y para mitigarla pide a su progenitor un retrato de familia y de él; a su vez, le remite uno excelente suyo diciéndole: “Pues si yo permanezco allá para cultivar el tabaco o cosechar racimos de plátanos, tú me podrás ver seguido y te figurarás estar viendo a tu hijo a los veinte años.” Y añade: “Adiós querido padre, antes de separarme aún más lejos de ti, te beso mil y mil veces, así como a mi pobre madre que va a estar consternada de tristeza al pensar en mi lejanía y en los peligros que me van a rodear; pero que ella recuerde que el junco se dobla pero no se rompe, y que un zuavo joven es como él.”<sup>5</sup>

A bordo del *Moselle* arriba a México. En el estuario del río Jamapa, cerca de Veracruz, se efectúa su desembarco y su primera noche la pasa añorando su hogar distante, rascándose las picaduras de los zancudos y admirando, extrañado, los cocuyos que volaban continuamente en torno suyo.

Veracruz ofreció a Roze el primer contacto con una ciudad mexicana. Describe, en una de las cartas, sus calles, sus plazas y sus zopilotes. San Juan de Ulúa le hace recordar —pues todo francés tiene una precisa conciencia histórica— el bombardeo con que sus compatriotas le afligieron en 1838. Lamenta también que la obligación de estar en el campamento a horas precisas le impida contemplar a las veracruzanas, “quienes como las mujeres árabes no salen de sus casas o lo hacen tarde, luego que la frescura de la tarde y el perfume de la brisa marina les conducen a pasearse por las bellas calles”.

Pocos días permanece Roze en las tierras cálidas. El clima malsano y el temor a la fiebre amarilla o el vómito negro forzaba a las tropas intervencionistas a alejarse pronto de la costa. Así, después de fatigosas marchas por las sabanas venía el ascenso por el camino de Jalapa y Perote, hasta llegar a la meseta poblana. En una carta escrita en Perote informa del número considerable de compañeros enfermos que le acompañaban y a los pocos días, ya frente a Puebla, ciudad que había quebrantado el orgullo francés, redacta otra carta que empieza con las siguientes palabras: “Al fin henos pues delante de la famosa Puebla,

<sup>5</sup> Citado en Ernesto de la Torre Villar, “La Intervención...”, p. 12.



la cual según los mexicanos debe ser la tumba de los franceses. ¡Desdichados cuyas esperanzas se quebrantarán!<sup>6</sup>

Es a partir de ese momento que sus cartas adquieren un relieve excepcional. En ellas vuelca su entusiasmo y también su falta de comprensión ante los fenómenos mexicanos; mas, pese a todos sus prejuicios, México le entusiasma y atrae. Sus pueblos y ciudades tienen para él algo de incomprensible y las costumbres de sus habitantes más aún. Su largo recorrido por nuestra patria —pues va hacia el norte y hacia el sur— le permite apreciar el país y admirar no sólo su vastedad y diferencias sino también su sentido de la vida y forma de expresarla. Refiere a su padre la indumentaria y el proceder de “los pelados” y la conducta y manera de ser de la “gente bien”.

Con deleitable paciencia describe los monumentos mexicanos y, lleno de juvenil entusiasmo, a las “señoritas mexicanas”, a quienes encuentra una gracia peculiar y muy notables atractivos. Habla de los militares mexicanos que defendían a su país, así como de los colaboracionistas, y pinta con vivos colores muy importantes acciones guerreras en las que tomó parte. En fin, nos deja en sus epístolas familiares un testimonio fresco y vigoroso de la guerra de intervención, sin que en él actúe ni el odio, ni la pasión, ni los intereses crematísticos de sus dirigentes. Su juicio es el de un soldado que cumple sus deberes y el que, en las treguas de la guerra, entretiene sus ocios narrando en silencio a los suyos —a través de una bella escritura y un fragante estilo— la impresión que el México intervenido y las campañas que los franceses hacían en él le produjeron.

Vuelto a Francia en 1866, retoma las cartas escritas, las lee con amorosa nostalgia y en algunas de ellas intercala, a base de numerosas lecturas, descripciones más pensadas y amplias, aun cuando no tan espontáneas como las primeras. México había ganado su simpatía y él trataba de borrar algún juicio ligero e injusto que le hubiera brotado. Si en sus cartas encontramos opiniones diversas a las nuestras, esto se debe más a la comparación que él establece con un modo de ser completamente diferente al suyo y no a un criterio prejuiciado. El valor de su obra se aquilata cuando sus cartas se conocen en su integridad y no en forma fragmentaria.

Poco más que maduro se retira, pensionado, a una casa de descanso en Saint-Florentin, impropia para él, y tan lo era que sale de ella para instalarse en un modesto hotel. Setenta y dos años tenía en vísperas de

<sup>6</sup> *Idem.*



la Primera Guerra Mundial. Por entonces desaparece de esa localidad y nada se vuelve a saber de él. La guerra que veía venir nada tenía de común con la juvenil aventura que emprendió en México y de la cual, si no obtuvo ascensos ni gloria, tampoco sacó herida alguna grave, sino una serie de recuerdos muy entrañables que le hacían revivir sus ¡ay! bien pasados veinte años, en los cuales soñaba en convertirse en plantador de tabaco y cosechero de racimos de plátanos.

De una de sus primeras cartas mexicanas, escrita en Perote en la Navidad de 1862, ofrecemos algunos párrafos. A través de ellos podemos saborear la impresión que el México de entonces ofrecía a un joven zuavo, intervencionista y escritor:

Finalmente nosotros nos unimos con el general Bazaine y su brigada en Jalapa, hermosa ciudad que puedes comparar con Lyon, desde la plaza de toros hasta lo alto de la Cruz Roja.

Desde el primer momento sus habitantes creyeron en las proclamas del enemigo y se figuraban que los zuavos eran árabes que no conocían más que el pillaje y matar y devorar a las mujeres y a los niños. Así, a medida que entrábamos a esa hermosa y bella ciudad, las puertas y las ventanas se cerraban delante de nosotros, pero nuestra conducta durante los pocos días que ahí estuvimos les convencieron por completo de nuestra manera de ser. De ahí en adelante se veía a todos sus habitantes pasearse por los campos. Te aseguro que el bello sexo no falta y que ninguna potencia puede aquí rivalizar. Yo no había visto nunca tantas mujeres bellas, ni tampoco tantos varones tan bien parecidos. Aquí se encuentra todo lo que es necesario, aun cuando bien caro.

Aquí fue donde encontramos al general Márquez con las tropas bajo sus órdenes, enemigos feroces y sanguinarios de Juárez, y quienes recíprocamente han puesto a precio sus cabezas.<sup>7</sup>

De algunos de los monumentos y de la opinión pública escribe:

Es imposible, querido papá, describirte el edificio grandioso, sólido y magnífico de esa fortaleza hoy en ruinas, incendiada y minada por diversos sitios. Tan pronto entramos en ella, trabajamos en reparar sus defensas para impedir el acceso por las brechas, en limpiar la cisterna llena de una verdadera masa de mugre, reemplazar el puente levadizo y adaptar las habitaciones que deberían servir de hospital y almacenes. En cuanto a la población, no es nada. De sus 99 habitantes, 90 son nuestros enemigos y han dado muerte a dos o tres soldados del 51<sup>o</sup> que venían de ahí al fuerte.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 13-14.

Todos los días hay arrestos y nos combaten. Ayer esperábamos un ataque nocturno de las guerrillas que querían recobrar a toda costa a uno de sus jefes detenido y herido en el incidente del 18 delante de Perote. Hoy el enemigo llegó a tres kilómetros de la población en un reconocimiento. Seis compañías de dos piezas de artillería partieron a contener el ataque y nosotros también debemos partir.

Tú podrás ver que hemos avanzado bastante —a doce horas de Puebla y ya muy lejos de Orizaba—. Esperamos la brigada Douay que viene de Orizaba, la cual empuja al enemigo. Nuestras pérdidas del 17 y del 18 son mínimas, no tenemos sino un caporal herido. En fin, esperamos y aguardamos el día en que debemos dirigirnos sobre Puebla. En los muros del fuerte y en todos lados han escrito: “Puebla. Muerte a los franceses. Muerte a Napoleón III y a la Emperatriz, su madre”.<sup>8</sup>

\* \* \*

El segundo testigo es el general Du Barail. Nacido en Versalles en 1820 de una familia de militares, toda su infancia la pasó rodeado de armas, de libros de táctica y estrategia y principalmente adiestrado en ejercicios y disciplina por su padre, quien trató de hacer de él y de su hermano brillantes émulos de Marte, como él mismo lo era. Sus primeros estudios los cursó en el Liceo Rollin y a los quince años con toda su familia pasó al África en donde estuvo veinte años seguidos. Ahí ingresó a la milicia hasta alcanzar el grado de teniente coronel de *Chasseurs de la Garde*. Brillantes campañas realizó en África que le valieron numerosos ascensos. Vuelto a Francia a los 35 años, ingresó como oficial especializado en asuntos árabes en la Guardia Imperial y en ella obtuvo el grado de coronel. En 1860 regresa a Argelia de donde saldrá en septiembre de 1862 para México, comandando el primer regimiento de caballería. El 4 de noviembre desembarcó con sus hombres en Veracruz y a partir de ese momento toma nota de cuanto vio y oyó; observó con inteligencia el desarrollo de la expedición y reflexionó sobre ella y sobre lo que le impresionó. En México obtiene el ascenso al generalato y el mando de todas las fuerzas de caballería del ejército expedicionario. La Intervención afectó su salud y, “pálido como un muerto y flaco como un clavo”, volvió a Francia a principios de 1864. *Mis recuerdos*, como tituló sus testimonios, están bien escritos, con la

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 14.

fluidez del hombre que sabe expresar sus pensamientos y emociones en un lenguaje claro y apropiado.

Du Barail era un hombre de inteligencia abierta. La experiencia que tuvo en Argelia y más tarde en México le convenció de que para tratar a otros pueblos y a otros hombres era preciso despojarse de los prejuicios europeos. Así, ante los primeros fracasos de la Intervención reflexionó sobre la necesidad de aprovechar las lecciones que los pueblos de América han dado a los europeos, “tan infatuados —escribe— de nuestra ciencia y de nuestra pretendida superioridad”.<sup>9</sup>

Al ocuparse de la Intervención y de sus causas observa lo complejo de las mismas, y admite que a más de tratar de contener el acrecentamiento del poder sajón y evitar el dominio del mundo por él, influyeron los esfuerzos de las clases reaccionarias ligadas en todo el mundo para que, al reinar la paz y el orden en México, la Iglesia mantuviera su situación y los grupos conservadores sus privilegios, y también, de manera principal, los intereses económicos que se movían en torno a México apoyados en las reclamaciones de Jecker y sus amigos banqueros.<sup>10</sup>

Destaca el papel que numerosos mexicanos pertenecientes a las clases poderosas jugaron para decidir a los soberanos europeos a intervenir en México: el general Almonte, el arzobispo Labastida, Gutiérrez de Estrada, José María Hidalgo, los Errazu, “refugiados de lengua dorada”, como les llama, quienes “pertenecían a la facción clerical vencida y despojada” y los cuales influyeron en la emperatriz, y “como ella era devota a la manera española, propició la guerra a causa de sus simpatías clericales”.<sup>11</sup>

De Almonte nos dejó una semblanza perfecta y en ella una explicación de su conducta:

Había sido republicano —escribe— y en 1840 como ministro de la Guerra suscribió proclamas netamente republicanas, pero expulsado de su país regresó a él presa de una profunda e irreductible irritación contra el gobierno de Juárez. De talla pequeña, pero de complexión robusta, había pasado ya la edad madura y estaba aún en plena posesión de sus facultades mentales y físicas. Representaba perfectamente al tipo indígena y era, se decía, hijo natural de uno de los primeros mártires de las guerras

<sup>9</sup> Général [F.] Du Barail, *Mes souvenirs...*, t. II, p. 289.

<sup>10</sup> *Ibidem*, t. II, p. 292-293.

<sup>11</sup> *Idem*.

de Independencia [...] Almonte, que era clerical por espíritu de familia, encontraba en la persecución (de la Reforma), la justificación a su cambio de opiniones.<sup>12</sup>

Dubois de Saligny, el ministro de Francia, el ave negra de la época, merece a Du Barail poca simpatía y así le juzga con acritud, llamándole el verdugo de Jurien de la Gravière, de Lorencez, de Forey y del ejército. Sus medidas políticas le parecieron espantosamente reaccionarias, por lo cual aprovecha toda ocasión para atacarlo. Confiesa que Saligny tuvo gran parte de culpa en esa aventura y de su fracaso.

El “duro” de la Intervención, el general Márquez, mereció una semblanza como Almonte, en la cual se contrastan sus caracteres. No es Márquez hombre simpático para Du Barail, mas le hace justicia al observar su firme línea de conducta:

El general Márquez era un hombre pequeño, nervioso, seco, alerta y aún en toda la fuerza de la edad. En él se acusaba muy bien el tipo español, y sin la dureza de su mirada que alejaba la simpatía, me habría recordado de lejos al general Yusuf. Él no había jamás cambiado de partido. Había siempre pertenecido al de la reacción y había soportado todas sus vicisitudes. Prestó su ayuda al general Lorencez durante el primer sitio de Puebla y nos dio sus servicios durante el segundo. Se le tenía por muy valiente pero fanático, poco inteligente y sin piedad. Se le había apodado el Tigre de Tacubaya, porque destruyó todo y masacró a todos en esa encantadora población en donde se encuentran situadas las villas de los habitantes ricos de México. También se le llamaba Leopardo, equivocando su nombre que era Leonardo.<sup>13</sup>

Junto a ellos, que eran los dirigentes del partido que apoyaban las armas francesas, observa Du Barail se encontraba un grupo de extranjeros desclasados, seres que habían perdido en Francia una posición honorable por sus faltas y quienes llegaban a México decididos a hacer carrera y fortuna en medio de la confusión general, disputándose los principales grados de la armada que se trataba de formar, y ocupándose de negocios, palabra que es muy elástica y que encubre numerosas maniobras.

El alto clero, personificado en la figura del arzobispo Labastida, no escapa a los juicios de los intervencionistas. Desde Lorencez, Forey y

<sup>12</sup> *Ibidem*, t. II, p. 297-298.

<sup>13</sup> *Ibidem*, t. II, p. 397.

Bazaine, los jefes del ejército expedicionario, hasta los soldados más humildes del mismo no dejaron de advertir los defectos de que estaba revestido. Du Barail, católico convencido, enjuicia al arzobispo con severidad cuando se ocupa del gobierno provisorio formado en México, constituido por Almonte, Salas y Labastida. De éste último escribe:

Aún joven, grueso, la cara rosada y brillante, encuadrada en un triple mentón, con una pequeña barriga que no hacía sino crecer, monseñor Labastida era el tipo del eclesiástico hipócrita, untuoso, dulzón y falso. Cuando se le escuchaba hablar podría tomársele por un liberal, y se le hubiera creído resignado a hacer todas las concesiones, pero en el fondo era un hombre fijo en sus viejas ideas, una mula obstinada en la inmovilidad y quien soñaba en el Tribunal del Santo Oficio y los autos de fe. Él fue la gran piedra de choque para el éxito de nuestra intervención y un obstáculo invencible para la consolidación de los partidos. El conflicto entre el general Bazaine y él estaba por entonces en estado latente y se refería al problema de los bienes del clero.

Es justo afirmar que nuestros peores enemigos han sido las gentes cuyo triunfo venimos a asegurar. Monseñor Labastida era el hombre más impopular y más justamente impopular. Yo que soy un admirador del clero francés, un católico convencido y un adversario irreductible de los que se dicen anticlericales, debo en verdad confesar que el clero mexicano que conocí estaba tan desmoralizado, ignorante y comprometido en todas formas, que justificaba hasta cierto punto las pasiones anticlericales de los liberales.<sup>14</sup>

El ejército aliado, encabezado por Márquez, y el cual fue subestimado por los oficiales franceses, merece duros calificativos, tanto por su conducta y disciplina como por su formación y composición. En un ejército formado a base de leva, las virtudes castrenses no podían desarrollarse extraordinariamente; de ahí los vicios que se patentizaban en él y que nos describe Du Barail:

Su armada, de cuyo reclutamiento se había tanto ocupado el general Forey, contaba con cerca de 2000 hombres en total, y aún cuando seguía las costumbres militares aceptadas en América del Sur, tenía por así decirlo más generales, coroneles y oficiales que soldados. Sus cuadros eran insuficientes y su administración nula, sus costumbres siempre en contradicción formal con las nuestras y su fidelidad más que dudosa. Ofrecía gran analogía con aquella que el rey José se ocupó en reclutar en España. Daba

<sup>14</sup> *Ibidem*, t. II, p. 487.

piEDAD ver en las marchas estas tropas, compuestas en su mayor parte de jinetes, mal vestidos, mal equipados, de aspecto enfermizo, seguidos por un conjunto igualmente numeroso de mujeres casi todas a caballo, quienes al llegar al campamento estaban encargadas de todos los cuidados de familia. Hacían la comida, pastaban a los caballos y cepillaban los trajes de sus señores y dueños, cuyas caras repulsivas se velaban a través de las nubes azules de sus cigarros.<sup>15</sup>

Su juicio coincide con el del general Vanson, quien de la milicia mexicana escribe lo siguiente:

La mezcla es bastante completa en el ejército combinado dirigido por el mariscal; desgraciadamente los mexicanos no son nada bellos. No carecen de una presencia pintoresca, pero para ello hay que verlos fuera de México. Los de la capital están demasiado hechos a la europea y no constituyen sino caricaturas. Por otra parte hay muy pocos, puesto que el emperador y es lo que me mortifica, no tiene ni un solo centinela mexicano en la puerta de su palacio. Se da como razón para ello el que los soldados mexicanos son demasiado sucios en sus costumbres y que sería necesario barrer y lavar los patios todo el día. Sin embargo, será necesario que su Majestad Imperial se acostumbre a su pueblo o bien que le eleve a costumbres más dignas. En tanto, el emperador de México es custodiado por zuavos, austríacos y belgas alternativamente. Esto ocurre un poco por todas partes y hay que confesar que no es posible tratar con más caballerosidad a una nación ni encontrar una que tenga el orgullo militar menos desarrollado; así, los soldados mexicanos nos saludan, pero jamás un oficial de esta nación es saludado por un soldado o un oficial europeo. Se les trata aún peor que a los turcos que, por otra parte, tienen sobre ellos la ventaja de preocuparse poco y mirarnos con un soberano desprecio y de continuar imperturbablemente a nuestro lado.

Esto no está demasiado bien, pero así es. Por lo demás, hay que decir que en México el ejército no goza entre la población de la misma consideración que en Europa. Bandido y soldado a menudo se identifican aquí. Aparte de algunos oficiales de ordenanza del emperador, a quienes mantenemos un tanto apartados como a los otros, no acostumbra un oficial mexicano frecuentar lo que aquí se llama la buena sociedad mexicana.<sup>16</sup>

Del campo contrario, la estimación que obtienen sus caudillos no es poca. Convencidos los militares de la injusticia de su causa, de las fallas del partido a quien apoyan y del verdadero espíritu público y

<sup>15</sup> *Ibidem*, t. II.

<sup>16</sup> Général Vanson, *Crimée, Italie, Mexique...*, p. 248.

opinión política que reina en México, no tienen más remedio que confesar que aún en medio de la derrota militar el partido liberal marchaba como un solo hombre, en tanto que los conservadores se dividían y perdían el terreno que las fuerzas francesas les otorgaban.

Ante ese hecho, Du Barail declara lo que ha visto y percibido y deja en su testimonio una alta apreciación de las virtudes de Juárez, al afirmar: “La verdad es que en México se es generalmente hostil a los clericales y se simpatiza con el partido liberal, encarnado en Juárez, un indio de pura sangre, pero un indio inteligente, instruido y dotado de verdaderas calidades de gobernante.”<sup>17</sup>

El pueblo mexicano, mestizo en su esencia, produjo a los intervencionistas diversas reacciones. Uno de ellos dirá:

La población es una especie de olla podrida (*pot-pourri*) de todas las razas humanas, mezcladas, cruzadas, desde el piel roja más auténtico hasta el blanco más puro, por tanto, ella no tiene un tipo particular y causa la desesperación o el gozo, esto depende de que sea uno etnógrafo. Sin embargo, en el fondo es de raza india, lo que la hace en general dulce, inofensiva y aun tímida.<sup>18</sup>

Las costumbres del pueblo las encuentra muy diversas a las francesas. Considera que aun las del clero, que debían ser universales, son bien distintas en México. Así, de su estancia en la casa de un párroco nos deja la siguiente descripción:

Mi orden de alojamiento me condujo a casa del cura. El padre no sentía entusiasmo alguno por la armada francesa. Me puso una cara larga y me envió a dormir en la pieza más triste de su casa, un cuartito que daba hacia la calle y no tenía comunicación con el interior. Como yo era sin embargo el más discreto y el menos exigente de sus huéspedes, y también el más tranquilo, se dulcificó y un día que delante de él el general quien me había venido a ver, me reprochó mi discreción y me dijo que había hecho mal en no ocupar toda la casa, el padre me dio la más bella recámara de su presbiterio.

Ahí, si no hubiera tenido otras ocupaciones y otros cuidados, hubiera podido escribir una monografía completa acerca de las costumbres del clero mexicano. Creo que no sería demasiado afirmar que sus costumbres en nada se parecen a las de nuestro buen clero francés. Había en la casa no sé cuántas mujeres, jóvenes, viejas, criollas, indias y jamás

<sup>17</sup> Général [F.] Du Barail, *Mes souvenirs...*, t. II, p. 495.

<sup>18</sup> *Ibidem*, t. II, p. 365.



pude determinar exactamente la naturaleza de sus funciones. En la noche escuchaba a todo ese mundo charlar en una pieza vecina a la mía, y de tiempo en tiempo la voz baja del padre dominaba en la velada, pues al bravo hombre no le disgustaba mezclarse en la conversación. Yo me dormía acordándome de una vieja historia de un capellán: este capellán tenía a sus órdenes dos sirvientas, una de veintidós años y la otra de veinticuatro. Como el obispo le indicara que debería conformarse con tener sólo una con la edad canónica requerida, el capellán le respondió: “Monseñor, yo estoy dentro de las normas, solamente que mi sirvienta está en dos volúmenes.”

¡Y no eran dos volúmenes los que tenía el buen padre de Cholula, sino una biblioteca completa!<sup>19</sup>

Nota que en México existe una gran desigualdad de fortunas y, por ende, también social. Que en el trabajo de las minas los propietarios se enriquecen súbita y extraordinariamente con un golpe de suerte, en tanto que millares de hombres padecen miseria y enfermedades sin límite. El juego es como la desigualdad social: algo innato al mexicano, algo que no le abandona y vicio que causa muchos estragos.

Así como Roze admiró la belleza de las “señoritas mexicanas”, Du Barail tampoco es insensible a sus encantos, de los que deja una descripción completa, en la que mezcla su espíritu galano y fino con un ligero dejo de escepticismo:

Suave, graciosa, pequeña, mona, jovial, espiritual con su color mate, sus ojos de diamante negro sombreados de grandes cejas, sus labios carnudos y rojos que descubren dientes blancos como perlas, su abundante cabellera de ébano, cuyo cuidado es una de sus grandes preocupaciones, sus formas a la vez opulentas y delicadas y su pie arqueado, la mujer mexicana puede pasar por una de las maravillas de la creación. Ella es coqueta, lánguida, si se le juzga del exterior o a través de su correspondencia amorosa. Sus miradas son provocantes y juraríamos que ella guarda en la sangre todo el ardor del sol bajo el cual ha nacido. Sin embargo, aquéllos de mis camaradas que han tenido más tiempo o temperamento para entregarse a estudios comparativos sobre ese tema, me afirman y yo les creo, que sus pasiones no son sino superficiales y que ella sacrifica todo al exterior.<sup>20</sup>

Finalmente diremos cómo el paisaje mexicano conmovió a este gallardo militar. A partir de su ingreso en el territorio advirtió la mara-

<sup>19</sup> *Ibidem*, t. II, p. 422-323.

<sup>20</sup> *Ibidem*, t. II, p. 467.

villosa geografía mexicana que le impresionó grandemente, y de sus recorridos por el país nos dejó diversos cuadros, algunos de los cuales no me resisto a mostrar. Al hablar del ascenso a las tierras templadas escribe:

Desde que el sol nace, camina uno en medio de una multitud innumerable de pájaros cantores o gritones, cubiertos de plumajes de colores maravillosos que gorguean, pían y vuelan, y tan numerosos como granos de arena levantados por el viento. Nadan ahí en la abundancia, pues además de las bayas y frutas silvestres de todo género, tienen a su disposición miles de insectos, algunos brillantes, otros casi siempre desagradables, a los que se comen, mas por desgracia muy poco. Las aves devoran a los insectos y éstos, al hombre, con la cual todos están contentos salvo el hombre.<sup>21</sup>

De una de las poblaciones tropicales dice:

Córdova es una pequeña y hermosa ciudad, compuesta de largas y estrechas calles y construida a más de 900 metros de altitud, en el límite de las tierras calientes y las templadas, en medio de plantaciones de café, tabaco, plátanos y deslumbrantes jardines que la rodean como un cinturón verde y florido y cuya frescura es mantenida por una gran cantidad de fuentes de agua viva. Al salir del infierno de las tierras calientes, Córdova es un verdadero paraíso y el hombre, agotado por las enfermedades, siente ahí renacer sus fuerzas al contacto de ese aire más vivo, más puro y más ligero.<sup>22</sup>

Y finalmente, ya con cierta experiencia del país, describe el altiplano y el contraste entre ciudad y campo:

Guadalajara es una gran ciudad de cien mil almas, edificada sobre el mismo plano de las otras. Tiene 6 o 7 bellas calles, algunas iglesias lujosas, numerosos conventos muy sólidos abandonados o transformados en cuarteles y una infinidad de casuchas construidas de adobes cocidos al sol como las casas de los árabes. Lo que apena es el estado de vetustez y degradación de los monumentos recién terminados. Estas ciudades mexicanas que podrían ser bastante bellas nos producen una impresión análoga a la que se experimentaría viendo a un joven de 25 años herido por la decrepitud senil. Alrededor de Guadalajara, en un espacio de cerca de una legua se encuentran jardines y plantíos; después, nada sino el desierto.

<sup>21</sup> *Ibidem*, t. II, p. 361 y s.

<sup>22</sup> *Ibidem*, t. I, sin página.

Ésta es una cosa de las que más asombran en México. Se viaja a través de un país completamente abandonado, en el cual los caminos, generalmente destrozados, muestran apenas el paso del hombre. Ni una casa, ni un pueblo, ni un cultivo. Después, de pronto, se arriba, sin precedente alguno, a una ciudad de 50, 60 o 100 mil almas.<sup>23</sup>

Las ciudades también le impresionan; de varias realizó muy logrados retratos, como son el de la ciudad de México y su Paseo de la Alameda:

México, que comencé a recorrer y a conocer, tiene positivamente el aire de una capital por el lujo que reina y el movimiento que la anima, más que por sus monumentos que no ofrecen nada particularmente notable. Su más bello edificio es su catedral construida en uno de los costados de la gran plaza, así como el Palacio de Gobierno, especie de inmenso cuartel que contiene todo el mundo oficial: Cámara, Ministros, Casa de Moneda, etc., y también su Palacio Municipal, el Ayuntamiento. Los otros lados de la plaza están formados por casas cuyas bajas arcadas constituyen sitio de paseo frecuente, abrigado del sol y de la lluvia. En la noche, esos pórticos son como nuestro antiguo *Palais Royal*, el lugar de reunión de las bellezas fáciles. En esta plaza desembocan algunas grandes calles, en las cuales se concentra toda la actividad y riqueza de la ciudad. Las casas hermosas son raras y se pueden contar las que tienen 3 pisos. Casi todas ellas están edificadas en estilo español derivado del estilo morisco: un patio interior, adornado con azulejos, alrededor del cual se encuentran las habitaciones. En torno de estos barrios del centro, vastos suburbios acogen en sus calles bordeadas de talleres y de casuchas en donde se mueve una población de criollos, mestizos e indios ruidosos, pero dóciles. Ese mundo se pelea frecuentemente en sus cantinas, en donde abunda el pulque, pero como hay la costumbre de cuidarlos soberanamente, la vía pública está tranquila. Esas barriadas están muy mal cuidadas, mal pavimentadas o sin pavimento. En ellas durante las lluvias se hunde uno en un lodazal profundo y durante el estío se entierra uno en medio de un polvo intenso y nauseabundo. El servicio de limpieza está confiado a los forzados y las cárceles están generalmente llenas por trabajadores más que mediocres.<sup>24</sup>

Una verdadera curiosidad en México es el Paseo de la Alameda, especie de explanada muy amplia, en donde de las 3 a las 6 de la tarde acostumbra reunirse la sociedad, aún durante la estación de lluvias en la cual se emplea la mejor iluminación. Las mujeres vienen en carrozas ja-

<sup>23</sup> *Ibidem*, t. II, p. 501.

<sup>24</sup> *Ibidem*, t. II, p. 464.

ladas por mulas con sus arneses guarnecidos de cascabeles y pasamanería. Los jóvenes a caballo, vestidos a la europea o con sus graciosos trajes nacionales, bien apoyados en sus sillas mexicanas incrustadas de plata. La zona central está reservada a los caballeros y las carrozas circulan a su alrededor. Los caballos caracolean, los caballeros se yerguen y en los coches los ojos negros brillan bajo las mantillas. Los abanicos esparcen en el aire el perfume de las flores clavadas en las cabelleras de ébano, perfume que se mezcla con el humo azul de los cigarros. Entonces es fácil ver que un *flirt* loco representa el fondo de la vida social en México. Durante la Cuaresma este paseo diario deserta de la Alameda para ir a las riberas de los canales de Texcoco, último vestigio de las lagunas de antaño, en los que cruzan embarcaciones cargadas de flores, legumbres y frutas, lo cual es muy pintoresco.<sup>25</sup>

Unida a esta última hallamos la narración de una fiesta popular en Cholula, en la cual hay manifestaciones religiosas que a él le producen una viva reacción:

Tuvimos para distraernos el espectáculo de numerosas fiestas y de innumerables procesiones que celebraron nuestros triunfos. Fueron las fiestas de rogación, las de los indios, las de los labradores, en las cuales se compartía el entusiasmo entre el invasor y el buen Dios. Durante 3 días las Iglesias arrojaron a las calles un mundo de reliquias de estatuas de santos, de papas, de abates, de confesores y de mártires, escoltados por nubes de querubines con trajes de danzarines de la época. Era casi un martes de carnaval, pues todo el mundo estaba vestido con trajes de los siglos XVI y XVII. La procesión terminaba con la imagen de un Cristo representado con un naturalismo espantable: la figura convulsa, cubierta de sangre que corría desde las heridas de las espinas, las rodillas destrozadas y sangrantes y un vestido de señor Hidalgo en pedazos. El clero dirigía todo eso con un aire de compunción y de beatitud inenarrables y los indios se prosternaban en el polvo golpeándose frecuentemente el pecho. Esto era emotivo, pero un poco cómico. ¡La música: clarinetes, cornos de pistón, trombones, oficleidos, grandes tambores, címbalos, que gangueaban, chillaban, rugían, mugían tronaban siempre valeses, polkas y scottish que los músicos ejecutaban de memoria sin ver la partitura no demasiado bien, es verdad, pero sí bastante seguido!

Esta música acompañaba la procesión, pero otra orquesta permanecía en el atrio de la Iglesia y con gran sorpresa en esa encontré los instrumentos, los aires y motivos, las melodías de la música árabe que me era tan familiar. Por la tarde la fiesta volvió a iniciarse con acompañamien-

<sup>25</sup> *Idem.*

to de cohetes y luces de artificio, pues los indios son maestros en el arte de la pirotecnia. Los músicos ahogados en pulque siguieron tocando toda la noche tanto y tan bien que al tercer día el general de Mirandol al comenzar a escuchar esa —charivarijaleo— que ponía sus nervios en un estado abominable no aguantó más y ordenó saliera un piquete de cazadores de África para detener a los músicos y arrestarlos hasta el día siguiente. Los pobres diablos huyeron en todas direcciones a la aparición de los jinetes y fue preciso buscarlos por todos los pueblecitos vecinos. Esto fue un tanto excesivo, pero era necesario perdonar esto al pobre General que tanto había sufrido.<sup>26</sup>

\* \* \*

Nuestro último testigo es el general Vanson, quien en una serie de cartas escritas a sus padres y a su hermano hizo una descripción de México de enorme interés.

Vanson nació en Luneville, en 1825, y realizó en Nancy sus primeros estudios. Como sus colegas, Vanson también sirve en la armada en África, participa en las campañas de Crimea de 1854 a 1856, posteriormente en la de Italia en 1859 y en la de México de 1864 a 1867, de donde salió casi en vísperas de que el imperio se derrumbara. Ocupa más tarde numerosos puestos, dirige varias revistas militares y museos y, en plena actividad, muere en el año de 1900 este testigo y actor de la intervención de Francia en la vida mexicana.

Dotado de grandes aptitudes artísticas y de interés por la historia, junto con su carrera de armas cultivó el dibujo y la historia militar. Sensible a la belleza en grado sumo, muestra en sus comunicaciones esa calidad que le permite destacar lo valioso de entre la paja. Su sensibilidad le lleva en ocasiones a fijarse por contraste en lo grosero, en lo caricaturesco de una situación, como aquélla en la que narra la recepción ofrecida por el pueblo de México a los emperadores:

Finalmente la multitud, deseosa de aclamar a sus soberanos o como dicen los periódicos oficiales “los salvadores de México”, estaba representada por todos los barrenderos, los aguadores, todos los empleados revestidos de su traje habitual y de su profesión, lo cual no es ni propio ni elegante, y, en fin, por los niños de todas las escuelas, todos ellos llevando sus pendones y una infinidad de grandes ramos con pañuelos de color en un extremo, a manera de banderas. Unidos a ellos 3 o 4 bandas con la misma

<sup>26</sup> *Ibidem*, t. II, p. 447.

vestimenta y, al final, medio ciento de soldados de la caballería mexicana con sus trajes de gala que, como en Turquía, se les quita al momento en que termina la ceremonia.<sup>27</sup>

Después de leer este testimonio, ¡cómo nos surge el recuerdo de lo que ocurre en numerosas ceremonias oficiales de nuestros días!

Sus aficiones estéticas le llevaron a buscar las obras de arte en México y de ellas deriva este juicio generalizado pero muy realista:

De todos los lugares grandes o pequeños que hemos atravesado, los únicos edificios importantes son las iglesias; en ocasiones se encuentran hasta tres de grandes dimensiones en un poblado, con sus grandes atrios cerrados y muros espesos. Desgraciadamente, casi todos ellos han sufrido enormemente con el último temblor de tierra. El interior y el exterior están casi siempre cargados de ornamentos y en su interior hay sorprendentes retablos de madera dorada. Las pinturas son numerosas, algunas curiosas, pero generalmente mediocres. Las estatuas son muchas y todas vestidas y pintadas, lo que produce un efecto singular. Las más ricas están encerradas en nichos de cristal. Ciertas iglesias parecen un verdadero museo de cera. Cristo y los mártires están cubiertos de llagas y de sangre, sus cabezas están cubiertas de cabellos naturales, lo cual algunas veces produce un efecto atroz.<sup>28</sup>

La ciudad de México en los días de la Semana Mayor le merece un comentario revelador de viejas costumbres, en el cual sus juicios sobre la belleza y la fealdad sobresalen:

Estoy reducido a lo que veo en las calles y en México. El aspecto es mucho muy europeo para ser bien interesante. Los barrios indígenas son tan sucios que no es posible ir a ellos. Sin embargo, como es costumbre local, vi las ceremonias de la Semana Santa. Son muy curiosas: las iglesias están llenas y las calles y los alrededores de las iglesias están igualmente llenos de gente que al parecer se divierte tanto como durante el carnaval. El Jueves Santo, día en que se visitan los altares, que entre paréntesis, son lujosos, sin ser curiosos, todas las avenidas se llenan de tiendas improvisadas, en donde se vende toda suerte de refrescos y de dulces, de los que se hace un gran consumo ese día. La plaza de la Catedral presenta el aspecto de un lugar de feria. Los indios duermen sobre el pasto, después de haber comido y bebido. El Viernes Santo es el día en el cual se toma mayor número de helados en los cafés, es la costumbre. Se

<sup>27</sup> Général Vanson, *Crimée, Italie, Mexique...*, p. 256.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 239.

ofrecen también comidas y aún se dice que baile. Por otra parte, durante el tiempo que las campanas enmudecen, no se puede circular a caballo ni en coche, lo que origina que las mujeres aprovechen esta ocasión muy rara para los ricos, para recorrer las calles con magníficos trajes, con los cuales arrastran estupendamente muchísimas cosas. En suma, en ese tiempo, como en general, el pueblo sorprende, pero no seduce nada. El arzobispo tiene una gran prestancia, algunos canónigos tienen buena fisonomía, pero el resto del clero tiene un mal aspecto bajo todos conceptos y los escándalos aun públicos no son raros. Yo mismo tuve un ejemplo innoble. El emperador Maximiliano tiene mucho que hacer: es el grito general.<sup>29</sup>

Y de una de las ceremonias más excepcionales nos proporciona la siguiente impresión:

La ceremonia religiosa que vi el 12 de diciembre en nuestra Señora de Guadalupe fue distinta. Creo haberte dicho en mi última carta que la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe es la solemnidad religiosa más popular del país. Lo que la hace más curiosa es, en efecto, la multitud de indios o mejor dicho, de familias indígenas que vienen a vivir alrededor de la iglesia durante 2 ó 3 días. Te aseguro que viéndolas no parecen haber obtenido de la presencia de los europeos en México la menor noción de civilización, salvo su catolicismo, el cual es un catolicismo de una especie bien particular. No se tiene idea de sus mentes. Es un pueblo que permaneció o volvió al estado de infancia, lo cual se explica en él con el embrutecimiento resultante de la miseria, así como de la opresión y de explotación de las cuales no ha cesado de ser objeto. Debe ser inferior a las tribus salvajes que no tienen en medio de ellas sino a los misioneros, puesto que aquéllos al menos poseen un verdadero clero para instruirlos y nadie para oprimirlos y reducirlos a la miseria del indio mexicano.

El emperador Maximiliano decretó que la fiesta de Guadalupe será en el futuro una de las tres fiestas nacionales de México y este año, para comenzar, fue acompañado de toda su corte, salvo la emperatriz que en ese momento viajaba en Yucatán. Yo fui por mi parte y, como es una fiesta popular a la cual el gran mundo no oficial no asiste, pude, gracias a mi uniforme, introducirme a la iglesia, la cual no es grande. La ceremonia religiosa no tuvo nada de extraordinario, no obstante que ofició el arzobispo y el clero era numeroso; lo que me pareció excelente fue la música. La iglesia de Guadalupe que tiene un Cabildo separado es muy rica y sostiene una capilla musical permanente que efectivamente es muy buena. Además de los órganos hay toda una orquesta de violines con

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 246-247.



un solista magnífico y si las selecciones no todas eran del gusto más puro, me parecieron a mí, que soy profano, muy bien ejecutadas. Los cantos de los niños del coro fueron también muy importantes. [texto no impreso] órgano produce un canto de pájaros que imitan el gorgojo de una multitud de pequeñas avechitas y que es lo que yo he escuchado más hermoso en ese género. Otra costumbre de las iglesias mexicanas que produce también un efecto tan feliz, es la sustitución de la campanita única que se toca en Francia durante la elevación, por una especie de carrillón, compuesta de una veintena de campanillas argentinas más o menos grandes. Cuando digo carrillón no estoy en lo justo, pero a eso parece sonar durante la elevación.<sup>30</sup>

El paisaje a Du Barail le sorprende, pero más aún las costumbres de los mexicanos, sobre todo aquéllas en las que se mezcla lo profano con lo religioso.

En esas tres pequeñas descripciones que hemos recogido de sus cartas se puede observar la extrañeza que le produce la conducta del pueblo que mezcla la piedad con la diversión, lo dramático y trágico con lo cómico, y el espíritu de resignación con un sentimiento de completo aniquilamiento.

Los testimonios dejados por tres militares franceses son ejemplo de la visión que sobre el México y los mexicanos de hace un siglo tuvieron buena parte de los intervencionistas. Muchas otras opiniones podrían presentarse corroborando y ampliando las hoy presentadas. Por el momento baste con ellas.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 284.